

TRIBUNA

Apuntes sobre historia de la arqueología en Chile, 1880-2020.

Simón Urbina A.¹

Resumen

La urgente necesidad de recordar y pensar el pasado de nuestra disciplina supone ordenar los hechos, las ideas y restituir personajes que han participado en ella, también evaluar cómo hemos llegado hasta aquí, cuánto de las orientaciones teóricas heredadas y reprimidas influyen en nuestro actual desempeño y cómo es percibida nuestra comunidad profesional. Desde la historia heroica y unitaria de la arqueología prehistórica chilena, muy vigente hoy, a la relevancia de los grupos corporativos actuales que proponen y desarrollan distintas “otras” arqueologías, el tanteo de territorios próximos a las humanidades y el arte, así como preguntas por nuestro papel en la sociedad, son cuestiones que enunciamos y comentamos en esta serie de apuntes sobre arqueología en Chile.

Palabras clave: *historia, arqueología chilena, grupos corporativos, futuro.*

Abstract

The pressing need to remember and think about the past of our discipline entails sorting out the facts, the ideas, and restoring individuals who have participated in it, as well as evaluating how we got here, how much of the inherited and suppressed theoretical orientations influence our current performance and how our professional community is perceived. From the heroic and unitary history of Chilean prehistoric archaeology, very much in force today, to the relevance of the current corporate groups that propose and develop different “other” archaeologies, the exploration of territories close to the humanities and art, as well as questions about our role in society, are issues that we enunciate and comment on in this series of notes on archaeology in Chile.

Keywords: *history, chilean archaeology, corporate groups, future.*

El camino

De acuerdo con la historia de la disciplina, la arqueología en Chile cuenta con reconocimiento académico hace no más de 50 años (Castro 1997; Cornejo 1997; Orellana 1982, 1996, 2000). La docencia fue inaugurada por Ricardo Latcham en 1936, sin embargo, sólo en 1963 se impartió una cátedra de arqueología dentro de la carrera de Historia en la Universidad de Chile y a partir de 1969 se formalizó, en la misma casa de estudios, la Licenciatura de Filosofía con mención en Arqueología y Prehistoria.

1 Escuela de Arqueología, Universidad Austral de Chile, Puerto Montt-Chile. simon.urbina@uach.cl

La Universidad del Norte, sede Antofagasta, formó profesionales entre 1972 y la década de 1980 (Ballester 2016a; Ballester *et al.* 2014; Cruz y Llagostera 2011),² mientras que la Universidad de Concepción,³ donde se impartieron los primeros cursos en 1965, no tuvo egresados de arqueología; ambas fueron cerradas después del Golpe de Estado de 1973 (Castro 1997, Garbulsky 2000). Lautaro Núñez resume bien la relevancia teórica de Concepción al señalar que bajo el liderazgo de Zulema Seguel y con la regular asistencia de Julio Montané,

“Luis Lumbreras y Edgardo Garbulsky, entre otros, (se fue) configurando una plataforma sólida para la difusión del materialismo histórico. Entre los años 1968 y 1972 la “Escuela de Concepción” se constituyó en un referente obligado donde los marcos teóricos materialistas refrescaron la monotonía descriptiva de la arqueología y antropología chilena” (Núñez 2014:537).

Junto con los logros científicos alcanzados por la arqueología chilena antes del golpe de la centro-derecha chilena, heredamos lo que podríamos llamar la “brújula de Montané”, una frase muy citada y recordada que hasta hoy resuena en nuestro medio: “*El futuro de la arqueología no es otro que el futuro de los chilenos. En la medida que el pueblo de Chile forje su camino, la arqueología también sabrá ir encontrando el suyo*” (Montané 1972a:2). Julio Cesar Montané planteó la urgencia de discutir una “Política Arqueológica Nacional” muy acorde con lo que Mario Góngora (2011:288-291) llamó segunda fase (post-1970) de la *época de las planificaciones globales* (1964-1980) para la historia chilena.

La política que imaginaba Montané debía contemplar programas regionales y comunales planificados que permitieran incentivar la investigación, articular instituciones museológicas con el trabajo científico de los equipos en las distintas zonas del país, dotando la práctica arqueológica de coherencia territorial, recursos permanentes y una orientación prioritaria hacia la educación de la sociedad civil y la construcción de conocimiento para mejorar las condiciones de vida de los chilenos y chilenas. Estos lineamientos son en parte coincidentes con la emergencia de ideologías descentralizadoras y una combinación del pensamiento ecológico y desarrollista que primó en la Mesa Redonda de Santiago de 1972 celebrado en el edificio de la UNCTAD III, donde se analizó y proyectó el rol de los museos en el mundo occidental y donde fue gravitante la participación de la arqueóloga Grete Mostny (1972, 1973).

De eso (la brújula y los programas), además de las citas, nada o casi nada hay hasta hoy. A pesar de la elocuencia, hoy no sabemos si forjaremos el camino, si hemos encontrado uno o varios simplemente por inercia, ¿quizás nos han conducido? Hoy por reconfortante y prometedora que suene leer y citar a Montané, la brújula que nos dejó no tiene un mapa, como si le entregó a Sonora y su gente (Montané 1993).

Los caminos de la arqueología en el siglo XXI indicados por Cornejo (1997:15), como la creación de centros regionales, el sistema nacional de publicaciones, el incremento de la cooperación con colegas de Perú, Bolivia y Argentina y una mayor reflexión teórica; aún más, desarrollar de forma sistemática nuestra relación con la sociedad civil y definir cuál es nuestro aporte a la sociedad actual; todos, son objetivos que se hallan pendientes, poco abordados, silenciados.

2 Agradezco a Benjamín Ballester por esta información y referencias.

3 La trascendencia de la arqueología en la Universidad de Concepción merecería un estudio en sí mismo, que debieran considerar las contribuciones de la hoy escasa y poco conocida revista *Rehue* cuyo primer número apareció en 1967 (Garbulsky 2000:204-205).

En perspectiva, entre 1960 y 1980, la arqueología chilena vivió también un proceso contradictorio de activismo y diáspora de promisorios representantes. Críticos a la filosofía positivista –de la arqueología procesual y de la ecología-cultural– en las ciencias históricas, sociales y económicas, fueron depuestos de sus cargos universitarios y obligados al exilio luego del golpe de estado de 1973. Entre ellos, Luis Felipe Bate y el ya mencionado Julio Montané se radicaron en México donde formaron parte de la Reunión de Teotihuacán (1975) y el Grupo de Oaxtepec (1983), epicentros de la reflexión y propuestas programáticas de la Arqueología Social Latinoamericana (Lorenzo *et al.* 1976). La relevancia de este “grupo” no radica exclusivamente en el programa radical de arqueología propuesto, sino también en la lectura de la historia de Latinoamérica desde el período de “dominación colonial” hasta el “surgimiento de los movimientos de liberación nacional” (1950-1970) que cuestionaba ¿para qué y para quién se realiza investigación y la formación de nuevos profesionales? ¿cuál es la utilidad social de la disciplina? ¿debemos pensar en una arqueología latinoamericana?, etc.

Fue tanto el contexto político latinoamericano entre 1960-1980, la lectura combinada de los textos esenciales de Gordon Childe y Marta Harnecker (McGuire 2002:67-68), como su formación y militancia en el Partido Comunista peruano, lo que permitió a Lumbreras escribir *La Arqueología como Ciencia Social* (1974), dando cuenta una vez más que la inspiración teórica en nuestra disciplina no proviene exclusivamente de la propia teoría arqueológica.

Cada vez con mayor frecuencia en la última década (Carrión *et al.* 2015; Sepúlveda 2011; Sierralta 2020; Tantaleán y Aguilar 2012), la Arqueología Social Latinoamericana y sus derroteros vuelven a ser recordados en el contexto de la reflexión sobre la historia de la arqueología chilena y de la historicidad del conocimiento que genera nuestra disciplina ¿por qué no antes? ¿debido al desuso? Antes de 1990 existía un riesgo real y también una potencial pérdida de reputación asociada al uso del materialismo histórico como herramienta de investigación y acción política radical; algunos/as intentaron superar ese miedo otros/as reprimieron conscientemente el deseo de entrar en esas aguas. Y, todo lo reprimido en nuestras disciplinas en algún momento retorna con nosotros (Burke 1997:15). La pregunta es en qué forma lo ha hecho en los últimos 30 años.

Sabemos que el exilio no se vivió sólo fuera de las fronteras y quienes vieron comprometido el ejercicio libre de su profesión en Chile debieron decidir en qué forma y para qué seguir haciendo arqueología bajo dictadura o iniciada la llamada transición democrática (Ballester 2016b, 2016c; Berenguer 1983, 2016; Cornejo 2016; Gallardo 2016; Rivera 2016).

Dentro de las y los intelectuales de Teotihuacán y Oaxtepec, los trabajos de Bate (1978) y Montané (1972a, 1980) funcionan para una parte de la academia chilena como arquetipos de arqueólogos teóricos opuestos al imperialismo norteamericano, críticos de las teorías ambientalistas y evolucionistas. Ambos podrían ser comparables al rol que ha jugado, mucho más de cerca, Luis Guillermo Lumbreras, aunque su influencia en la formación de nuevas generaciones (Kelly *et al.* 2019) es ostensiblemente mayor. De todos modos, varios colectivos y revistas estudiantiles metropolitanas se han inspirado en el trabajo de estos colegas y ese es un aspecto que cuestiona su moderada influencia académica en el último tiempo.

Sus obras integran el canon de la producción teórica chilena, por su tenacidad y por su abierta instrumentalización de la disciplina, como por la épica de haberla sostenido desde el exilio y en plena Guerra Fría, sobrellevando el extrañamiento forzado de sus áreas vitales de trabajo.



Varios colegas han reconocido que en las tres últimas décadas la arqueología en Chile se ha mostrado permeable a influencias teóricas de origen anglosajón y autores/as de Europa y Norteamérica, con toques de literatura francófona y nórdica. Este resultado puede atribuirse paradójicamente a una “apertura” teórica, como a la dependencia de los centros de producción de conocimiento reconocidos a nivel global, los mismos que gestionan las revistas de mayor prestigio en Occidente y compiten en las grandes ligas de la arqueología mundial.

Cabe destacar que no sólo el consumo teórico importado prevalece entre los atributos de la arqueología chilena. Me parece relevante mencionar el aporte teórico que ha implicado la formación de “grupos” de investigación al alero de proyectos, centrados en determinadas regiones o temas, cuyos liderazgos provienen de la academia y agrupaciones cooperativistas originadas en pregrado, también iniciativas editoriales, que han dado pie a programas de investigación promoviendo la inserción de nuevos profesionales, aunque en un escenario dinámico y poco estable debido a las fuentes de financiamiento concursables de corta duración que disponen las agencias estatales que existen actualmente en el país, del mismo modo que las fuentes de financiamiento internacionales.

El listado de estos grupos es muy extenso y varía en cada macro-región. A modo de ejemplo, por formación conozco parcialmente el caso del denominado “Grupo Toconce” (1973-2005),⁴ colectivo que impulsó el desarrollo de la etnoarqueología, la etnobotánica y la etnohistoria en el Norte de Chile y especialmente en el río Loa. Tuvo entre sus filas a destacados/as arqueólogos/as, historiadores/as y antropólogos/as, entre los cuales resalta la labor académica de Victoria Castro, formadora de sucesivas generaciones de arqueólogos/as hasta la actualidad.

El denominado grupo Toconce toma su nombre de la localidad cordillerana ubicada en uno de los tributarios superiores del río Loa, en la región de Antofagasta. Representa uno de los equipos interdisciplinarios de mayor trascendencia en la disciplina, por su temprana aplicación de enfoques etnoarqueológicos (arqueología conductual) y etnohistóricos en el contexto de comunidades indígenas cuyas tradiciones evidencian un amplio rango de vínculos con el pasado prehispánico y colonial, con la vida campesina en los andes y con la delicada historia política de Chile y Bolivia en el siglo XIX y XX.

La trayectoria de este grupo científico refleja parcialmente la historia y dinámicas de los equipos de investigación que han ejercido la arqueología en Chile en distintas regiones. Su historia se inicia en 1973, cuando Carlos Urrejola y Victoria Castro, ayudantes del equipo río Salado bajó el alero del entonces profesor Mario Orellana, inician sus estudios de pregrado en Toconce. El primer equipo incluyó a Cristina Farga, Marietta Ortega y Carmen Buzeta, estudiantes de Antropología de la Universidad de Chile. Luego, en 1974 Carlos Urrejola se vio obligado a viajar al exilio en Inglaterra y a fines del siglo XX retorna a dicha casa de estudios para hacerse cargo de la cátedra de Arqueología General en primer año.

Victoria Castro presenta también en 1974 al Departamento de Investigación de la Universidad de Chile el proyecto titulado “El Núcleo Aldeano de Toconce”, que fue financiado hasta 1979. En la transición, la profesora Castro inicio nuevos estudios en Toconce con Fernando Maldonado,

⁴ Los párrafos siguientes toman como base los testimonios de mi maestra Victoria Castro Rojas (comunicación personal 2007).

arquitecto que acompañaría por años al grupo, Mario Pino, geólogo, Ximena Navarro y Andrés Pinto, estudiantes de arqueología. A partir de 1975 se integran al grupo los arqueólogos José Berenguer y Carlos Aldunate. Luego lo harán los estudiantes de Antropología Social, Carlos Gómez y Sara Godoy y los estudiantes de arqueología Carole Sinclair y Luis Cornejo, el etnohistoriador José Luis Martínez, continuando en la década de los ochenta los estudios en el monumental Pucara de Turi. Allí se incorporarán Varinia Varela, Pilar Alliende, más tarde, Leonor Adán y Mauricio Uribe, además de otros investigadores como los botánicos Carolina Villagrán y Juan Armesto, el ingeniero forestal Rodolfo Gajardo, y el agrónomo Patricio Yáñez. Castro también lideró junto a Francisco Gallardo, Pablo Miranda y Varinia Varela proyectos sobre senderos y arte rupestre que luego impulsaron a otros investigadores a dedicarse por completo al estudio de los caminos y las representaciones visuales prehispánicas.

Una de las características del Grupo Toconce es la relevancia que adquiere el apoyo, el conocimiento y el traspaso dialéctico de saberes entre la gente del pueblo, con quienes se comparten sus casas, costumbres y su tiempo. El grupo residió generalmente en sus temporadas de terreno en la casa de don Francisco Saire, entre otros toconceños.

Los principales aportes del Grupo Toconce ha sido el (1) desarrollar una “arqueología de localidades” dentro de la llamada área Centro Sur andina, (2) vincular conceptos como “historia” y “paisaje” dentro de la investigación arqueológica andina, (3) visualizar la Arqueología como Antropología y no descuidar los vínculos entre historia y antropología, (4) construir conocimiento mediante la “etnoarqueología” como estrategia de investigación (Castro *et al.* 2009), es decir haciendo etnografía con arqueólogos, y recibiendo aportes de antropólogos sociales y etnohistoriadores. Por último, este grupo inaugura la línea de estudios “etno-ecológicos” para la región de Antofagasta y el norte de Chile, una línea interdisciplinaria que combinará la botánica, zoología, ecología y agronomía. Aunque sus integrantes se han dispersado profesionalmente en otras regiones su historia intelectual no parece tener aún escrito sus capítulos finales.

★ ★ ★

Más allá de la conformación estacional o duradera de grupos de trabajo, en el ámbito corporativo se registra la constitución de la Sociedad Chilena de Arqueología (1963-presente) y el Colegio de Arqueólogos A.G (2009-presente). La primera, asociación científica de perfil tradicional fundada el 12 de enero de 1963 en San Pedro de Atacama en el 2º Congreso Internacional de Arqueología (Campbell 2015:20), está reservada a destacados socios honorarios y profesionales de título, cuya trayectoria científica es reconocida y evaluada por sus pares. El nuevo colectivo gremial, cuyas discusiones embrionarias ocurrieron decisivamente en el XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena celebrado en Valparaíso en 2009, fue fundado oficialmente en Santiago ese mismo año. Está integrado por egresados, licenciados y titulados, tiene como desafío futuro regular la práctica profesional, así como consolidar el tenue diálogo entre la arqueología chilena y la sociedad civil; un ámbito donde los avances han sido mínimos.

La relación complementaria y dialéctica de estas dos organizaciones emerge en la actualidad como el espacio de identificación multigeneracional más relevante entre profesionales jóvenes y aquellos que aún ostentan el estatus de “fundadores”. Poco podemos decir, por ahora, de aquel tercer espacio intersticial de aquellos colegas sin filiación corporativa y que optan por ejercer profesionalmente y mirar desde lejos o desde las redes sociales el actuar de estas instituciones.

El corporativismo ha reemplazado en la actualidad al fragmentado liderazgo de las academias, aquel que brilló en los departamentos de Antropología la última parte del siglo XX. Las instituciones representativas hoy canalizan con diversas estrategias las fuerzas ideológicas contenidas entre sus integrantes activos/as, sus estatutos vigentes y los propósitos directivos, un juego que no se reduce a la fórmula simple de posiciones conservadoras vs progresistas. Tanto en la SChA y el CAARCh el debate sobre la nueva Ley de Patrimonio ha generado disensiones comunicacionales entre las posturas institucionales y el posicionamiento individual que han enriquecido la discusión y la exposición pública de los argumentos sobre reformar o generar una nueva ley de patrimonio, o sobre los mecanismos legislativos más o menos democráticos para arribar a ello. Es curioso que no ha recibido la misma atención la redefinición legal –o la búsqueda de nuevos caminos– de campos donde se ejerce mayoritariamente la profesión: la arqueología de contrato y estudios de impacto ambiental (Cáceres 1999; Carrasco 2016), rubros que jalonan la contratación e inserción masiva de nuevos profesionales. Más bien, ha predominado el silencio de nuestra disciplina ante el actual modelo económico, esperando quizás una autocorrección gradual, a pesar de los cuestionamientos públicos a la precarización y desregulación en su funcionamiento.

Por otra parte, si el esfuerzo colectivo de estas instituciones no propone nuevas instancias en que la arqueología pueda tener un rol relevante en los gobiernos locales y regionales, en la educación y en la planificación y gestión pública del país, cuestión que bien diagnosticó Montané, muy probablemente estaremos a merced de los vientos (o del piloto). En América existe evidencia alarmante sobre la progresiva alienación ética que generan décadas de exitosa relación entre arqueología y capitalismo. Zorzin (2010), quien ha estudiado este problema en la provincia de Quebec (Canadá), ha entrevistado varias generaciones de profesionales jóvenes, consagrados (*seniors*) y jubilados que entregan desalentadores testimonios sobre como las ilusiones y sueños profesionales fueron diluidos por una vida profesional sometida a un sistema económico explotador que no busca la generación de conocimiento, ni bienestar social, ni crecimiento personal, sino fines utilitarios guiados por intereses comerciales regulados exclusivamente por el libre mercado.

Y en ese paraje de apertura, trabajo en equipo, corporativismo incipiente y sumisión pasiva (Salazar *et al.* 2011:52), la brújula de Montané parece ser insuficiente para indicar el camino a la arqueología chilena. Finalmente, cabe agregar no sin una dosis alta de optimismo, tan riesgosa a veces, que la expresión corporativa de los grupos de investigación, centros de pensamiento, sociedades y gremios han venido a reemplazar la esfera formativa puramente académica, con sus profesores-autoridades que ejemplificaban lo que la arqueología era y debía ser. Es posible que esta condición nueva sea una etapa emergente donde el debate comience a mirar hacia atrás (la historia de la disciplina) y podamos al menos visualizar ese camino recorrido que es, tal como lo hace el rebaño, una resignada y tardía constatación, la cual, no obstante, nos libera del tabú primario de no querer enfrentar nuestro pasado.

El retrovisor

La contribución del Estado chileno a los inicios de las investigaciones arqueológicas y antropológicas fue indirecta hasta el siglo XIX, sin intentos por organizar la producción y difusión del conocimiento. Esta situación comenzó a cambiar a fines del siglo XIX. En 1882 se publicó *Los aborígenes de Chile*, de José Toribio Medina, considerado por Mario Orellana (1996) como el libro fundador de la arqueología nacional y que Jorge Hidalgo (2004:657) apunta como el más importante

precursor de la etnohistoria en Chile. Medina discutió los datos sobre los primeros pobladores del país y América; si bien poniendo especial énfasis en el uso de diversas fuentes de información y centrándose en el período incaico, también destaca su análisis de la cultura Mapuche. Para Orellana (1982:51-52) el sello de la obra de Medina influyó decisivamente a la arqueología chilena: “... la primera publicación de síntesis de Prehistoria de Chile muestra el uso de criterios multidisciplinarios que señalan el comienzo de una tradición metodológica ...”. He aquí la declaración inicial de nuestro nexo casi exclusivo con la prehistoria, galvanizado progresivamente con nuestros aportes sintéticos a la “pre” historia nacional (Hidalgo *et al.* 1989; Falabella *et al.* 2016).

Sin embargo, antes de la aparición del libro de Medina (1882), círculos de la elite capitalina habían fundado la Sociedad Arqueológica de Santiago (1878), que editó el primer y único número de su revista en 1880, razón por la cual puede afirmarse que la maduración de un ideal arqueológico surgió en el último cuarto del siglo XIX⁵ gatillado por el contexto bélico, la fortaleza económica de la aristocracia y las redes científicas e intelectuales que se comenzaron a forjar en la etapa expansiva del Estado, el surgimiento de los museos nacionales y un activo mercado de antigüedades de escala internacional (Gänger 2014).

Como en otros países, los primeros intereses por la prehistoria en Chile nacieron en el seno de la burguesía comerciante y la aristocracia terrateniente, inmigrantes europeos o sus descendientes, quienes no sólo manejaban el capital financiero sino también el cultural, disponían de un acceso privilegiado al conocimiento académico e intelectual de las universidades, museos y sociedades científicas europeas. Este hecho se hallaba en estrecha interdependencia con el limitado desarrollo y calidad de la educación pública y la tardía popularización de la imprenta y de las ediciones de libros en el país antes de 1870.

★ ★ ★

Luego de más de 150 años de arqueología, parece obvio que ha llegado el tiempo de reflexionar sobre las periodificaciones tradicionales y una historia de la disciplina marcada por “grandes exponentes” más que una historia de las ideas o teorías que ha producido la arqueología chilena. En este último campo, si bien destaca la labor historiográfica del arqueólogo Mario Orellana, otros profesionales han sistematizado también las etapas de la arqueología chilena durante el último medio siglo, las tensiones de la práctica laboral, la diversidad de posiciones políticas y lecturas sobre el pasado que de ella emana (Salazar *et al.* 2011; Troncoso *et al.* 2006, 2008). Sin duda se trata de un campo por explorar aún, el cual florece con cada testimonio que conocemos.⁶

5 Castro (1997:1) sostiene que los primeros acercamientos se producen a mediados del siglo XIX con los pioneros reconocimientos del químico inglés William Bollaert a la provincia peruana de Tarapacá entre las décadas de 1820 y 1840 (Bollaert 1860, Cfr. Castro *et al.* 2017). Esta opinión es apoyada por Núñez (2013:79) quien indica que ya en 1860 Rodolfo Philippi comenzó a interesarse por las poblaciones indígenas de la costa desértica de Chile.

6 Véanse los testimonios contenidos en el Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología de 1995 (VV.AA. 1995) que compila la reunión de Punta de Tralca donde se celebró el trigésimo aniversario de la Sociedad Científica y los vívidos testimonios de Mauricio Massone, José Berenguer, Luis Rodríguez y Victoria Castro publicados en el número 43/44 del mismo Boletín (2014:61-83). Por último, el libro conmemorativo del quincuagésimo aniversario de la Sociedad Chilena de Arqueología *El Congreso Nacional de Arqueología de San Pedro de Atacama y la Sociedad Chilena de Arqueología: 50 años, ayer y hoy* (2015), también celebrado en Punta de Tralca en 2013 y donde se homenajeó a los socios fundadores presentes Mario Orellana, Julio Montané y Lautaro Núñez (VV.AA. 2015:213). Evidente es mucho lo que queda por rastrear, ordenar y analizar; archivos institucionales y personales, testimonios, fotografías, audios, informes, actas y un océano de manuscritos sin publicar (literatura gris).

De cualquier modo, debemos cargar con el peso de una herencia: una mirada, aunque interesada en los “pueblos indígenas” y su pasado, abiertamente evolucionista, encarnada por los intelectuales del siglo XIX e inicios del XX que nos precedieron. Muchos de los arqueólogos aficionados o extranjeros e historiadores nacionales legitimaron abiertamente o mediante sus investigaciones pioneras entregaron información clave para expansiones militares: la colonización del Norte Grande durante la Guerra del Pacífico y la invasión y expolio de amplios territorios de la Araucanía en el siglo XIX.

Diversos ejemplos a lo largo de los últimos cincuenta años muestran cómo, en ciertos contextos donde el trabajo acumulativo y reflexivo lo ha permitido, la arqueología puede generar un efecto reparatorio a partir de la reconstrucción de larga duración de los procesos humanos en territorios amplios. Si bien podemos estudiar el asentamiento y las transformaciones de las poblaciones indígenas desde un enfoque regional que permita argumentar con bases científicas en favor del resistido reconocimiento constitucional y la restitución de derechos territoriales perdidos ante el Estado o frente a intereses particulares, dicho resultado no está asegurado de antemano pues depende precisamente del valor social y patrimonial que la información arqueológica adquiera ante las instituciones y la sociedad civil (Cornejo 2014). Al menos en la forma en que son enunciadas, nuestras secuencias regionales siguen planteando la sucesión (reemplazo) de pueblos y culturas dificultando una mirada hacia los procesos de mestizaje, hibridación y transformación histórica y a ello se suma la tibia aceptación hoy de las arqueologías no prehistóricas. La dificultad para superar el interés exclusivo por el pasado prehispánico supone una patente demostración de cuán vigente es la herencia que supone la formación de la disciplina en el siglo XIX e inicios del XX.

Dentro de sus distintos ámbitos de inserción laboral, a partir de 1990 se ha ampliado notablemente el conocimiento histórico-arqueológico de la sociedad chilena, mediante investigaciones financiadas por el Estado, estudios de impacto ambiental o colaborando con la justicia en peritajes, donde destacan las indagaciones para aclarar violaciones a los derechos humanos ocurridos durante el período de dictadura reciente (1973-1990). Cabría preguntarse en este ámbito si somos capaces de ampliar esa temática a otras fases o períodos de nuestra historia en que la violencia sistemática ha sido detonante de conflictos bélicos y represión política; o si cabe estudiar la desigualdad, la estratificación y la violencia simbólica en nuestras ciudades a partir de sus raíces coloniales.

★

★

★

Vista dentro del campo de las humanidades (Munizaga 1984) y de las ciencias sociales, la arqueología es mucho más que una ciencia descriptiva de tiempos remotos o una disciplina auxiliar de la historia o la antropología, a pesar de que gran parte de su potencial radica precisamente en el diálogo y colaboración con estas disciplinas. Como demuestran las actuales investigaciones en Chile, su perspectiva multitemporal y global para estudiar la cultura material ha cobrado interés por el pasado colonial y republicano, por la memoria colectiva de pueblos (no sólo indígenas) y la configuración de las ciudades de nuestro país, a poco de ocuparse más concretamente del presente y de lo que constituye una de las preguntas trascendentes de nuestra disciplina: ¿cómo este mundo tal como existe ahora ha llegado a ser lo que es? (Collingwood 2016[1928]:25). Valga la pena recordar el lúcido aserto de Osvaldo Silva (1982:54): “*Erradamente los arqueólogos conciben a la historia como el estudio de nuestra propia sociedad, y a la antropología como la historia de los pueblos no occidentales (Trigger, 1980), visión que influyó en la ficticia división de dos disciplinas cuya meta final es la misma: reconstruir el pasado*”.

Hasta fines del siglo XX, a pesar de más de un siglo de trabajos y estudios sistemáticos en prehistoria, la arqueología chilena permaneció aislada del resto del continente, a excepción, del ámbito de quienes trabajan en áreas fronterizas o de las y los especialistas que pudieron formarse o trabajar en el hemisferio norte y retornar. Esta es una situación lamentable, considerando la creciente importancia que adquiere en el continente la idea de generar varios centros de producción teórica y centros de investigación regionales. La visión utópica de nuestro país previo al golpe de estado de 1973 nos recuerda que Chile era considerado, no sin cierto tono nacionalista, como uno de los “núcleos de desarrollo intelectual progresista en Latinoamérica”, la Atenas de Sudamérica, habiendo sido, incluso, cuna de algunos de los teóricos más importantes e influyentes de la historia de la arqueología “al sur del río Grande”, como los mencionados Bate y Montané.

Sin embargo, ha predominado la “sensación de escasez” teórica y su reverso: la necesidad de consumir más de aquella ya envasada y etiquetada. Esta es uno de los síntomas más alarmantes de nuestra arqueología, creer que ejercemos una arqueología primaria o de obtención de materias primas, temerosa de comentar el trabajo de otros y a discutir en medios escritos sobre ideas y nuestra propia historia, cuestión que ha sido explicitada numerosas ocasiones en este boletín. También creo que la visión heroica de Orellana (1982, 1996), útil por su ordenamiento y que en cierto modo replicó Cornejo (1997) ha sido escasamente discutida con nuevas evidencias.⁷ En general se han remarcado los aportes civilizatorios de los primeros especialistas europeos y de los teóricos e intelectuales chilenos de mediados del XX –una disciplina de grandes personajes y autores–, invisibilizando el trabajo colaborativo de las agrupaciones, escuelas, de mujeres arqueólogas, editoriales y corporaciones, cuyo relevante papel ha sido principalmente documentado en boletines (Berenguer 2014; Castro 2014; Massone 2014; Rodríguez 2014; VV.AA. 1995), libros conmemorativos (VV.AA. 2015), testimonios directos, obituarios y entrevistas.

El cruce

Debido a su corta vida, la comunidad arqueológica chilena, a diferencia de Argentina, ha sido históricamente un reducido círculo científico y con limitada influencia en temas históricos, educacionales y políticos nacionales.

Las y los arqueólogos titulados, producto de lo anterior, solo alcanzan dos centenares y usualmente sus estudios no son bien conocidos o difundidos en el medio científico, así como en el ámbito en que se desenvuelven cotidianamente, aunque las redes sociales han establecido algunos puentes virtuales entre comunidades de seguidores no especializados en temas diversos. A pesar de que la mayor parte de sus miembros residen en la Región Metropolitana, otros/as han vivido o viven fuera de ella, trabajando en universidades, centros de investigación y museos estatales o privados, en municipios, reparticiones públicas, en empresas privadas o en forma particular, por lo cual sus influencias y legados son y serán percibidos de mejor forma en el plano de acción local, de sus ciudades e instituciones.

Han aumentado las y los arqueólogos que sugieren, en distintos medios impresos y congresos, revertir el estado de aislamiento y estancamiento de la reflexión teórica en Chile, así como el mínimo

7 Lautaro Núñez (2013) ofrece una excelente síntesis de una perspectiva descentralizada y crítica, donde los estudios arqueológicos andinos entre 1961 y 2012 van demostrando una complejidad y vitalidad creciente.

valor social que le otorgamos a nuestro pasado en términos no abstractos ni remotos, sino en cuanto a su significado en el presente. Debido a que la Arqueología fue durante el siglo XIX y XX, junto a la Historia y Geografía, una de las disciplinas creadoras de la identidad nacional republicana, nos vemos enfrentados a los cuestionamientos surgidos por el legado ético, moral y político que los y las fundadoras y precursoras de la disciplina nos legaron; al conjunto de experiencias colectivas de colegas en los últimos cincuenta años y, por su puesto a nuestras propias experiencias profesionales (individuales y colectivas) que, en conjunto, actualizan la historia de la disciplina a cada momento.

Mi opinión es que, a partir de 1980 hasta la actualidad, hemos absorbido y desarrollado con mayor interés un debate teórico improductivo basado en la dicotomía de la llamada Escuela Histórico-Cultural, la corriente Procesual norteamericana y en el posmodernismo europeizante posterior a la II Guerra Mundial, que son etiquetas utilizadas como recursos de autoridad y simulacros de debates paradigmáticos importados que llegan, al igual que las traducciones, con cierto desfase. No son cuestiones que afecten de modo decisivo nuestra práctica cotidiana, más híbrida desde el punto de vista teórico y metodológico de lo que nos gustaría asumir públicamente.

En mi opinión, la arqueología chilena se caracteriza por su alto grado eclecticismo teórico y metodológico y su práctica debemos saber que se halla incrustada en las humanidades y las ciencias sociales, en los museos y, a pesar de su bajo protagonismo, en distintas operaciones de artistas visuales (Ivelic y Galaz 2019:252-260).⁸ Ello no excluye que altos grados de especialización, de la arqueología unidimensional, promovidos en las universidades (en pre y posgrado) y la sumisión al modo de producción global de conocimiento –básicamente la elaboración de *paper*–, tensionen el ambiente provocando de tanto en tanto una sensación desoladora de hambruna teórica y furioso *packing* intelectual (Santos-Herceg 2020).

En este esquema, el distanciamiento sostenido del resto de las humanidades –a partir de las cuales nuestra disciplina se institucionalizó y profesionalizó– se manifiesta en la depreciación por elaborar periodificaciones regionales complejas, iniciar trabajo básico y multidisciplinario en regiones desconocidas/abandonadas del país y reflexionar sostenidamente sobre nuestras participaciones en el ámbito del patrimonio y la educación (Castro 1997). Qué decir del creciente desinterés en explorar el océano de la literatura y los estudios culturales, con la debida excepción que suponen el trabajo hoy aislado y diluido de los comensales del “almuerzo desnudo” (Gallardo y Quiroz 2008) algunos de los cuales formaban parte del grupo de antropología poética que era también a su vez un intento de arqueología poética (Gallardo 2018:99-102) y cuyos rumbos han sido heterogéneos, notorios y marginalizados⁹.

Quizás al evitar pensar nuestra historia disciplinar en el marco de la historia nacional y latinoamericana, al negar la contribución de autores/as problemáticos, de nuestro origen burgués y elitista, omitir las contribuciones de colectivos, grupos y “otras” arqueologías hemos perdido resolución para reconocer nuestra producción teórica y hemos insistido, satisfechos, en las

8 <http://www.sebastianpreece.com/> (Consultado el 20-04-2020).

9 Y volviendo al trillado tema del “futuro de la arqueología” (hay varios posibles), Trigger (2007:60) señala con extrema crudeza: “El futuro de la arqueología, hoy como en el pasado, radica en explotar las innovaciones realizadas en otras disciplinas y al mismo tiempo ampliar las propias perspectivas teóricas de la arqueología. Al contrario de aquellos que temen que la arqueología se esté desmoronando como resultado de una controversia intradisciplinaria, creo que el alcance del debate debe ampliarse sustancialmente, no reducirse, si queremos explicar el registro arqueológico. Los arqueólogos no tienen nada que temer, excepto su propia mente estrecha, falta de imaginación creativa y complacencia acerca de sus disputas sectarias” (traducción y énfasis es nuestro).

periodificaciones iniciales que construyeron el panteón canónico de nuestra arqueología nacional. Hemos querido no contaminarnos con las humanidades y otras ciencias sociales y, paralelamente, dada la interdependencia que en el ámbito de la producción literaria existe, hemos perdido una gran oportunidad de abrir nuestra producción de conocimiento y narrativa a la sociedad, evitando pensar que las evidencias arqueológicas son traducibles al lenguaje de la historia (y viceversa), incómodos ante otras disciplinas que nos distraen del tobogán de la especialización y monismo metodológico de las ciencias naturales.

Sin querer negar la contribución que ha significado la arqueología positivista a nivel global, con toda su rigurosidad y distanciamiento de las disciplinas entre las que se formó la arqueología, hoy somos testigos del regreso confuso, creciente y acuciante de enfoques, ideas, personajes, regiones y experiencias silenciadas, omitidas y olvidadas de la historia de la arqueología chilena y que, luego de reprimirlos por décadas, huelgan por volver sobre nosotros, sobre nuestras prácticas y nuestras reflexiones.

Caminos quedan.

Agradecimientos. A los valiosos comentarios y aportes de Victoria Castro Rojas. Al equipo Editorial de Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología y los comentarios recibidos de mis colegas Benjamín Ballester, Luis Cornejo y Andrea González.

Anexo Cronológico

- 1880.** Se publica el primer y único ejemplar de la revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago (fundada en 1878) (Sociedad Arqueológica de Santiago 1880)
- 1882.** José Toribio Medina publica “Los Aborígenes de Chile”, considerada el primer libro de prehistoria y etnohistoria de Chile (Medina 1882).
- 1912.** Se funda el Museo de Etnología y Antropología, el cual almacena las principales colecciones arqueológicas del país.
- 1925.** Es promulgado el decreto-ley que indica el nacimiento del Consejo de Monumentos Nacionales, cuya responsabilidad es velar por el patrimonio arqueológico de Chile.
- 1928.** Ricardo Latcham publica su compendio “La Prehistoria Chilena”, donde se ordenan espacial y temporalmente los grupos indígenas que habitan Chile (Latcham 1928).
- 1958.** Es fundado el Centro de Estudios Antropológicos en la Universidad de Chile.
- 1963.** En el marco del Primer Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama, la Sociedad Chilena de Arqueología es constituida con 17 miembros fundadores.
- 1971.** Se crea el Departamento de Ciencias Antropológicas y Arqueológicas de la Universidad de Chile.
- 1972.** Julio Montané publica “Apuntes para un análisis de la arqueología chilena”, en el número 4 de la revista Rehue (Montané 1972b).
- 1973.** Tras el Golpe de Estado son cerradas las carreras de arqueología en la Universidad Católica del Norte y Universidad de Concepción. Numerosos/as arqueólogos/as son apartados de sus cargos, perseguidos y desterrados del país.
- 1977.** El arqueólogo Carlos Thomas defiende la primera tesis de Arqueología que revisa críticamente la historia de disciplina en Chile entre 1960 y 1970 (Thomas 1977).

1982. Mario Orellana publica “Investigaciones y Teorías en la Arqueología de Chile” en la Universidad de Chile, primer intento de periodificar la Historia de la Arqueología Chilena (Orellana 1982).
1989. Se publica el primer libro sintético de Prehistoria de Chile escrito por arqueólogos/as e historiadores abarcando desde el poblamiento de América hasta el período Inca (Hidalgo *et al.* 1989)
1993. Se promulga la Ley Indígena (N° 19.253), la cual detona un emergente proceso de etnogénesis en todo el territorio chileno.
1993. En Punta de Tralca se celebran las Jornadas de Reflexión, a propósito del “30 Aniversario de la Sociedad Chilena de Arqueología”.
1994. Se promulga la Ley de Bases Generales del Medio Ambiente (N° 19.300), abriendo el campo de investigación arqueológica a los Estudios de Impacto Ambiental.
2005. El Grupo de Trabajo en Teoría Arqueológica, compuesto por académicos de la Universidad de Chile, organizan el Primer Taller de Teoría Arqueológica en Chile.
2009. Se funda en Santiago el primer Colegio de Arqueólogas y Arqueólogos A.G., con 40 arqueólogos/as titulados/as como fundadores/as.
2016. Se publica el segundo libro sintético de Prehistoria de Chile escrito por arqueólogos/as, abarcando desde el poblamiento de América hasta el período Inca (Falabella *et al.* 2016).
2019. Se inicia la discusión sobre la nueva Ley de Patrimonio por iniciativa del ejecutivo para reemplazar la Ley 17.288.

Referencias Citadas

- Ballester, B. 2016a. Memorias de té: conversaciones con Guacolda Boisset Mujica. *Chungará* 48(3):359-364.
- Ballester, B. 2016b. No necesitamos fronteras: comentarios tres décadas después. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:97-103.
- Ballester, B. 2016c. No soy un Arcoiris. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:119-129.
- Ballester, B., Clarot, A. y Llagostera A. 2014. El Cementerio de Auto Club de Antofagasta y la sociedad litoral entre los 1000 y 1450 d.C. *Hombre y Desierto* 18:187-212.
- Bate, F. 1978. *Sociedad, formación económico social y cultura*. Ediciones de Cultura Popular, México, D.F.
- Berenguer, J. 1983. Redefiniendo la arqueología. En *Arqueología y ciencia: Primeras jornadas*, pp. 103-126. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- Berenguer, J. 2014. Memorias y desmemorias de un estudiante de arqueología a fines d ellos 60 y comienzos de los 70. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:67-72.
- Berenguer, J. 2016. Sentir que nada es igual, pero que todo es lo mismo: De lo sólido a lo líquido en la arqueología chilena: comentarios tres décadas después. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:107-115.
- Bollaert, W. 1860. *Antiquarian, Ethnological and Other Researches in New Granada, Ecuador, Peru and Chile, with observations on the Pre-Incarial, Incarial, and Other Monuments of Peruvian Nations*. Trübner & Co, Londres.
- Burke, P. 1997. *Historia y Teoría Social*. Instituto Mora, México.
- Cáceres, I. 1999. Arqueología y sistema de evaluación de impacto ambiental. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 28:47-54.
- Campbell, R. 2015. Nota historiográfica sobre las transcripciones del “Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama” y la creación de la Sociedad Chilena de Arqueología.

- En *El Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama y la Sociedad Chilena de Arqueología: 50 años, ayer y hoy*, pp. 17-21. Sociedad Chilena de Arqueología, Universidad Católica del Norte, Santiago.
- Carrasco, C. 2006. La práctica arqueológica y la actual construcción de conocimiento arqueológico en Chile. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 39:35-50.
- Carrión, H., C. Dávila, A. Delgado, N. Fuenzalida, P. Kelly, F. Moya, S. Rebolledo, S. Sierralta, J. Sepúlveda y C. González. 2015. Evaluación de la Arqueología Social en Chile: desarrollo histórico y revisión crítica del proyecto disciplinar. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 45:95-114.
- Castro, L., C. Figueroa, P. Guerrero y B. Silva. 2017. William Bollaert y sus descripciones geográficas, cartográficas y antropológicas sobre la provincia de Tarapacá en la etapa inicial de la formación republicana del Perú, 1827-1854. *HiSTOReLo. Revista de Historia Regional y Local* 9(18):121-164.
- Castro, V. 1997. *La Arqueología en Chile*. Conferencia Universidad de Antofagasta. Reunión Periodismo Científico y Ciencias Sociales. Manuscrito en posesión del autor.
- Castro, V. 2014. Trazas de los '60 a los '70 entre la primavera y la tormenta. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:79-83.
- Castro, V., C. Aldunate y V. Varela. 2009. Experiencias en Etnoarqueología. En *Actas del TANO A II, Taller Internacional de Arqueología del Noroeste Argentino y Andes Centro Sur. Las Tierras Altas del Área Centro sur Andina, entre el 1000 y el 1600 d. C.*, pp. 193-204. Centro Regional de Estudios Arqueológicos, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.
- Collinwood, R. G. 2016[1925]. *Qué es la historia*. Traducción de José Luis Cano. El cuenco de plata, Buenos Aires.
- Cornejo, L. 1997. Buscadores del pasado: Una breve historia de la arqueología chilena. En *Chile antes de Chile*, pp. 9-15. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- Cornejo, L. 2014. ¿Dónde radica el valor del patrimonio arqueológico? *Observatorio Cultural* 23, artículo 2. Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. En <http://observatorio.cultura.gob.cl/index.php/2018/09/28/oc-23-articulo-2/>
- Cornejo, L. 2016. La fuerza de gravedad: Comentario a “No necesitamos fronteras: Comentarios tres décadas después” de Benjamín Ballester. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:106-107.
- Cruz, J. y A. Llagostera. 2011. *Prehistoria de Antofagasta. En la ruta de los primeros antofagastinos*. Morgan Impresores, Antofagasta.
- Falabella, F., M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo (Eds.) 2016. *Prehistoria en Chile. Desde sus Primeros Habitantes hasta los Incas*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Gallardo, F. 2016. Volver a los 17, después de vivir un siglo. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:104-105
- Gallardo, F. 2018. *Nuestra humilde posmodernidad. Arqueología del pasado reciente (años 90 y poco después)*. Ediciones del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, Santiago.
- Gallardo, F. y D. Quiroz (Eds.) 2008. *Un almuerzo desnudo. Ensayos en cultura material, representación y experiencia poética*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.
- Gänger, S. 2014 *Relics of the Past. The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911*. Oxford Studies in the History of Archaeology, Oxford University Press, Oxford.
- Garbulsky, E. 2000. La antropología en la Universidad de Concepción (1967-1973). Apuntes de un participante. En *Actas del III Congreso Chileno de Antropología*, Tomo 1, pp. 200-210. Colegio de Antropólogos de Chile, Temuco.

- Góngora, M. 2011. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria (Novena Edición), Santiago.
- Hidalgo, J. 2004. *Historia andina en Chile*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Hidalgo, J., V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano (Eds.) 1989. *Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Editorial Andrés Bello, Santiago.
- Ivelic, M. y G. Galáz. 2019. *Fronteras abiertas. Migraciones de las artes visuales en Chile*. Ediciones Universidad de Valparaíso, Valparaíso.
- Kelly, P., N. Fuenzalida, S. Sierralta, S. Rebolledo, N. Águila y J. Sepúlveda. 2019. Si la arqueología no me sirve para entender lo que pasa en mi país ahora, de verdad no vale la pena. Entrevista a Luis Guillermo Lumbreras. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 49:37-52.
- Latcham, R. 1928. *La Prehistoria Chilena*. Sociedad, Imprenta y Litografía Universo, Santiago.
- Lorenzo, J. L., A. Pérez y J. García-Bárcena. 1976. *Hacia una arqueología social. Reunión de Teotihuacán*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México
- Lumbreras L.G. 1974. *La arqueología como ciencia social*. Ediciones Histar, Lima
- Massone, M. 2014. Recuerdos de un alumno de arqueología perteneciente a la generación de 1971. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:61-66.
- McGuire, R. 2002. *A Marxist archaeology*. Percheron Press, Nueva York.
- Medina, J. T. 1882. *Los aborígenes de Chile*. Imprenta Gutenberg, Santiago.
- Montané, J. 1972a. La Arqueología Chilena: su estado actual y perspectivas de desarrollo en la etapa de tránsito al socialismo, su futuro. Programa de Arqueología y Museos. Depto. De Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Sedes Antofagasta, Iquique. Serie *Documentos de Trabajo* 3.
- Montané, J. 1972b. Apuntes para un análisis de la arqueología chilena. *Rehue* 4:3-29.
- Montané, J. 1980. *Marxismo y arqueología*. Ediciones de Cultura Popular, México, D.F.
- Montané, J. 1993. *Atlas de Sonora*. Gobierno del Estado de Sonora, Instituto Sonorense de Cultura, Hermosillo, México.
- Mostny, G.. 1972. El desarrollo y la importancia del Museo en el mundo contemporáneo. *Boletín Mensual Museo Nacional de Historia Natural* XVI (90-91):3-9.
- Mostny, G. 1973. Introduction. *Museum* XXV (3):128.
- Munizaga, C. 1982. La arqueología prehistórica chilena y su dimensión humanística. *Revista Chilena de Humanidades* 9:11-22.
- Núñez, L. 2013. Sobre los comienzos de los estudios andinos y sus avances actuales en el norte de Chile. En *Los estudios andinos hoy: práctica intelectual y estrategias de investigación*, editado por C. Zanolli, J. Costilla, D. Estruch y A. Ramos, pp. 79-122. Prehistoria Ediciones, Rosario.
- Núñez, L. 2014. Homenaje póstumo a Julio Montané Martí. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 46(4):535-542.
- Orellana, M. 1982. *Investigaciones y teorías en la arqueología de Chile*. Universidad de Chile, Centro de Estudios Humanísticos, Santiago.
- Orellana, M. 1996. *Historia de la arqueología en Chile: (1842-1990)*. Bravo y Allende Editores, Santiago.
- Orellana, M. 2000. Reflexiones en torno a la arqueología chilena. *Anuario de la Universidad Internacional SEK* 6:9-34.
- Rivera, M. 2016. Comentando a Benjamín Ballester. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 46:115-118.
- Rodríguez, L. 2014. Los años felices. Testimonio de los 60-70. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 43/44:73-79.
- Salazar, D., D. Jackson y A. Troncoso. 2011. Entre dos tierras: reflexiones sobre la arqueología chilena en el siglo veintiuno. En: *Teoría arqueológica en Chile: reflexionando en torno a nuestro quehacer*

- disciplinario*, editado por P. Ayala y F. Vilches, pp. 41-71. Línea Editorial IIAM-UCN, Ocho Libros, Santiago.
- Santos-Herceg, J. 2020. *La tiranía del paper*. Ediciones Universidad Austral de Chile, Valdivia.
- Sepúlveda, J. 2011. Entre la arqueología del otro y la historia. Horizontes políticos para el conocimiento arqueológico. En: *Teoría arqueológica en Chile: reflexionando en torno a nuestro quehacer disciplinario*, editado por P. Ayala, P. y F. Vilches, pp. 72-88. Línea Editorial IIAM-UCN, Ocho Libros, Santiago.
- Sierralta, S. 2020. El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50. 50:105-129.
- Silva, O. 1982. Apuntes sobre el desarrollo de la teoría arqueológica en América. *Cuadernos de Historia* 2:27-61.
- Sociedad Arqueológica de Santiago. 1880. *Revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago* 1. Imprenta Gutenberg, Santiago.
- Tantaleán, H. y M. Aguilar (Eds). 2012. *La Arqueología Social Latinoamericana.: De La Teoría a La Praxis*. Universidad De Los Andes, Colombia.
- Thomas, C. 1977. *Revisión crítica de la arqueología chilena entre 1960 y 1970: aspectos teórico-metodológicos*. Tesis de Licenciatura, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago.
- Trigger, B. 2007. Cross-Cultural Comparison and Archaeological Theory. En *A companion to social archaeology*, pp. 43-65, Meskell, L. y R. Preucel (Eds). Blackwell Publishing, Oxford.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2006. Hacia una retrospectiva de la teoría arqueológica en Chile: ¿Qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos? En *Puentes hacia el pasado: reflexiones teóricas en arqueología*. Serie Monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología, N° 1, pp. 237-263. Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago.
- Troncoso, A., D. Salazar y D. Jackson. 2008. Ciencia, Estado y Sociedad: retrospectiva crítica de la Arqueología Chilena. *Arqueología Suramericana* 4(2):122-145.
- VV.AA. 1995. XXX Aniversario Sociedad Chilena de Arqueología. Jornadas de Reflexión (1963-1993). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 21 (número especial).
- VV.AA. 2015. *El Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama y la Sociedad Chilena de Arqueología: 50 años, ayer y hoy*. Sociedad Chilena de Arqueología y Universidad Católica del Norte, Santiago.
- Zorzin, Nicolas. 2015. Archaeology and Capitalism: Successful Relationship or Economic and Ethical Alienation? En *Ethics and Archaeological Praxis*, pp. 115-139, Gnecco C. y D. Lippert (Eds). Springer, Nueva York.

